

Diosemería y signos visibles



PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA

Pues aún no todos
los designios de Zeus saben los hombres, sino que muchos
están ocultos; a ellos nos los dará pronto, si quiere
Zeus, ya que beneficia patentemente al género humano,
por doquiera visible él, y doquiera señas mostrando.

Arato, *Fenómenos*, vv. 768-772

Así —en griego, por supuesto, y muy bellamente—¹ escribió Arato el siglo III a. C., en el poema conocido durante casi dos milenios bajo el título de ΦΑΙΝΟΜΕΝΑ ΚΑΙ ΔΙΟΣΗΜΕΙΑ, es decir, *Cosas visibles y signos del tiempo* o, literalmente, *Fenómenos y signos de Zeus*. En estas líneas, no voy a ocuparme de la pertinencia o impertinencia de estos títulos, ni haré fantasías con la incertidumbre biográfica de su autor; quisiera compartir algunos de los últimos pensamientos² que andan en mi mente tras unos años de ocuparme de este poema, de cuyos objetivos podría decirse un poco lo que él mismo dice en los versos puestos a manera de epígrafe: “aún no todos / los proyectos de Arato saben los hombres, sino que muchos / están ocultos”. Y esto ya podría valer como conclusión parcial de estas líneas: desde unos cien años después de

su publicación hasta nuestros días, no hay mayor acuerdo sobre qué intentó con esta obra este poeta “astrónomo” de la época helenística.

Tenemos cinco biografías de Arato;³ tras estudiarlas un poco, puede decirse lo siguiente: Arato nació en la ciudad de Soloi —o Soles, posteriormente llamada Pompeyópolis— en Cilicia, a finales del siglo IV a. C., hacia el año 310; alguien afirma que nació en Tarso —cerca de Soloi—, también en Cilicia, en el Asia menor. Es creíble que haya estado en la corte de Antígono II Gonatas, el rey de Macedonia, quien le encomendó y patrocinó la redacción de un poema didáctico sobre astronomía y meteorología: los *Fenómenos*. Hay incertidumbre acerca del nombre de su padre; sin embargo, dada la costumbre de ponerle a algún hijo el nombre de su padre, también es creíble que tengan razón quienes dicen que éste se llamaba Atenodoro, como uno de los hermanos de Arato; el nombre de su madre es incierto: quizá era Letófila o Latófila; quizá, Delitófila; quizá, Letodora. Sin duda estudió letras, pero no sabemos con quién. Es indudable que estudió filosofía en Atenas, ¿con quién? No se sabe. Se habla de una carta de Arato al filósofo Zenón; sin embargo, se dice que dicha misiva no es auténtica. Dada la influencia estoica que muestran los *Fenómenos*, y los tiempos en que estos personajes estuvieron en Atenas, cabe pensar que se conocieron bien y que, muy probablemente, Arato haya sido alumno de este Zenón, igual que su hermano Atenodoro, igual que Perseo y Dionisio de Heraclea.

¹ Con ornamentadísimos y óptimos versos (cfr. Cicerón, *De oratore*, I, 69); con sutiles dicciones (cfr. Calímaco, *Epigramas*, 27, 3-4.); con palabras sutiles (Tolomeo Evergetes, en: Jean Martin (ed.), *Scholia in Aratum uetera*, Stuttgartiae, in aedibus B. G. Teubneri, MXCLXXIV, p. 10); como un segundo Zeus, que hace brillar las estrellas (cfr. Leónidas de Tarento, en *Ant. Pal.*, IX, 563); como experto en versos (cfr. Meleagro, en: *Ant. Pal.*, IV, 1, 49).

² Al escribir estas líneas, tengo a la vista el “Epílogo” de Erren en Aratos, *Phainomena: Sternbilder und Wetterzeichen* (griechisch-deutsch, ed. Manfred Erren, mit 23 Sternkarten von Peter Schimmel), Heimeran Verlag, Munich, 1971, pp. 109-135.

³ Cuatro vidas pueden verse en Jean Martin (ed.), *Scholia in Aratum uetera*, pp. 6-21; la otra se encuentra en la *Suda*, s. v. Ἀράτος. Para la interpretación de estas *Vidas*, cfr. Aratos, *Phénomènes* (texto editado trad. y comentado por Jean Martin), Les Belles Lettres, París, 1998, vol. I, pp. XXI-XLVIII.

Es posible que haya estudiado matemáticas; quizá hizo estos cursos con Aristotero. Ya desde Platón, según sabemos, el prerrequisito indispensable para entrar a la Escuela de Filosofía era haber cursado unos años de matemáticas en la escuela correspondiente; si Arato estudió filosofía, debió, previamente, haberse ocupado de las matemáticas. Algo de lo que significaba en esos tiempos estudiar o haber estudiado matemáticas nos lo dicen nombres tan comunes como el de Tales y el de Anaximandro, su discípulo, el primer griego constructor de esferas celestes; el de Eudoxo de Cnidos —ese que, dieciocho siglos antes de Cristóbal Colón, dijo que el viaje a las Indias era más fácil y seguro mediante una circunnavegación por el Atlántico—;⁴ el de Aristarco de Samos, el llamado Copérnico de la antigüedad, el mismo que, según escribe Arquímedes,⁵ pensó la teoría heliocéntrica casi dos milenios antes de nuestro Copérnico, y en quien éste, como temiendo represalias, se refugió diciendo: ya lo dijeron los antiguos; lo dijo, por ejemplo, Aristarco de Samos... Todos estos señores habían estudiado matemáticas, eran matemáticos.

Sin embargo, aun pensando que Arato haya hecho estudios de este tipo, no parece que su fuerte hayan sido las matemáticas, y esto, aun aceptando como válidas las supuestas correcciones que éste hace de sus fuentes: a partir del siglo II a. C., se dice que los *Fenómenos* de Arato son una simple versificación de un escrito astronómico de Eudoxo, el supuesto autor de un tratado que llevaba el mismo título.⁶ A propósito, Cicerón afirma que Arato era un ignorante en astronomía;⁷ tampoco... O Cicerón se equivoca en algo, o hay que interpretar sus palabras de otra mane-

ra. No obstante, y a pesar de que el erudito Calímaco celebra a este poeta desvelándose en la contemplación del cielo,⁸ puede pensarse que Arato no hizo cálculos y observaciones personales; es muy probable que, como dice el profesor Erren, Arato haya escrito teniendo enfrente alguna esfera celeste.⁹ Aceptemos, y valga como otra conclusión, que Arato no era un gran astrónomo; sin embargo, hoy por hoy, su poema es para nosotros la más antigua representación del cielo que nos dejaron los griegos,¹⁰ una obra que —al lado del *Almagesto* de Tolomeo—¹¹ fue el texto que dio cuño a la formación escolar en astronomía, desde su aparición, hacia el año 276 a. C., hasta la temprana Edad Media.

Se me ocurre que podría decirse algo más: lo que nosotros, el común de los mortales, tenemos de cultura astronómica —me refiero a nuestro modo de ver y expresar el cielo— se lo debemos a Arato. Aquí sucede un poco como cuando se habla normalmente del consciente y del inconsciente, de traumas e inhibiciones, de actos fallidos, represiones e impulsos: se supone a Freud, sin que muchos sepan de su existencia. Más bien es raro —al menos en mi pueblo— que alguien no conozca e intente imaginar aquellas dos Osas que se llaman Carro por su correr simultáneo en torno al Polo norte; casual o conscientemente vemos de cuando en cuando algún horóscopo y repasamos los signos del Zodíaco; invariablemente decimos, más o menos poéticamente, que el sol sale por las mañanas y que, al atardecer, diario aferra impotente su grandeza al filo rojo del tartáreo ocaso... Casi cualquiera sabe que esto no es cierto, y lo seguimos diciendo. Ya se ha repetido hasta la saciedad: hablamos para significar cosas de hoy con el vocabulario de ayer. Se trata de un vocabulario poético y de una visión estética muy atractiva que ciertamente no nos enseñaron los astrónomos, nuestros astrónomos, sino los poetas.

En general, puede afirmarse que Arato y sus *Fenómenos* gozaron del asentimiento y del cariño de sus contemporáneos, y más que cualquiera de éstos. Desde sus tiempos, él

⁴ Como dice Erren, "esto puede inferirse a partir de Arist., *cael.*, 2, 14, 298a 9. Cfr. H. Berger, *Gesch. d. wiss. Geogr. bei den Griechen*, 2a. ed., 1903, p. 246. Fragmentos de textos, en GGM, 2, 471". Cfr. Manfred Erren, "Las constelaciones en la antigüedad", en *Nova tellus* (anuario del Centro de Estudios Clásicos, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas), 17, 1, 1999, p. 107.

⁵ Cfr. *Archimedes*, ed. Heiberg, vol. II, p. 218, en, Thomas Heath, *Aristarchus of Samos. The ancient Copernicus*, at the Clarendon Press, Oxford, 1913, p. 302.

⁶ Hiparco cuenta que el poema de Arato está hecho con base en un viejo texto que estaba en su biblioteca, en dos redacciones; una con el título de *Fenómenos*, y otra con el de *Espejo*, ambas bajo el nombre de Eudoxo; cfr. Hipparchi in *Arati et Eudoxi Phaenomena commentariorum libri III*, ad codicum fidem recensuit Germanica interpretatione et commentariis instruxit Carolus Manitius, Teubner, Leipzig, 1894. Las afirmaciones de Hiparco se hicieron lugar común a lo largo de los siglos, y nuestros astrónomos siguen creyendo en ellas; actualmente se afianza la teoría de que los libros de Eudoxo que Hiparco encontró en su biblioteca no eran del astrónomo Eudoxo, e incluso hay serias sospechas de que el así firmante hizo su o sus libros siguiendo los *Fenómenos* de Arato; cfr., por ejemplo, Aratos, *Phénomènes*..., pp. LXXXVI y ss.

⁷ Cfr. Cicerón, *De oratore*, I, 69: "...hominem ignarum astrologiae.

⁸ Cfr. Calímaco, *Epigr.* 27. Refiriéndose a los *Fenómenos* de Arato, el epigrama termina así: "... ¡Bienvenidas, sutiles dicciones! Ustedes son símbolo de los desvelos de Arato". No hay que olvidar que Calímaco también era poeta.

⁹ Cfr. Aratos, *Phaenomena*..., pp. 126 y 133; por lo demás, Erren no sólo no descarta la idea de que Arato haya trabajado sobre alguna obra preexistente, sino que más bien lo supone.

¹⁰ Cfr. Aratos, *Phénomènes*..., pp. XCVII.

¹¹ Un resumen de los trece libros del *Almagesto* puede verse en Arthur Berry, *A Short History of Astronomy, from Earliest Times Through the Nineteenth Century*, Dover Publications, Inc., Nueva York, 1961 (publicado originalmente por John Murray en 1898), pp. 63-73.

fue objeto de grandes honores y alabanzas. Se le dedicaron epigramas; se acuñaron monedas con su efigie; fue glosado, traducido e imitado por los latinos: lo tradujo el elocuente Cicerón, lo tradujo el César Germánico y estas traducciones, amén de muy útiles para el estudio de Arato, son buen testimonio de la influencia que ejerció esta obra en la posteridad, hasta la Edad Media. Por cierto, también se habla de algunas viejas traducciones al árabe. Desde la antigüedad, Arato fue incorporado al canon de los clásicos; Ovidio, en el siglo I de nuestra era, nos presenta una lista de los poetas que, según él, vivirán por siempre en toda la tierra; ella no puede ser grande, e incluye, en el orden en que Ovidio los enumera, a Homero, a Hesíodo, a Calímaco, a Sófocles, a Arato y a Menandro. Al referirse a Arato, lo hace cantando: "Arato estará siempre con el sol y la luna."¹²

Por supuesto, no todo es alabanza; hay objeciones que, pensando en un esquema, podrían dividirse en antiguas y modernas; unas y otras muestran un denominador común: se malentienden las intenciones de Arato. Las objeciones de la antigüedad podrían resumirse de la siguiente manera: a reserva de la posible crítica de Cicerón, alguno de los biógrafos de Arato dice que éste no era matemático, sino médico, muy amigo del matemático Nicandro, y que, juntos, cocinaron el fraude editorial del siglo.¹³ Lo que decía Cicerón puede resultar muy valioso en otro contexto; sin embargo, lo que afirmó este biógrafo debe quedar en una simple anécdota tonta y de tan mal gusto, que nadie le dio crédito. Hay otra objeción que es más seria por la fuente de donde procede, de Hiparco, el que descubrió la precesión y a quien la crítica ha considerado superior a cualquier otro astrónomo del mundo antiguo, y digno de estar al lado de los mejores astrónomos de todos los tiempos. Hiparco, pues, nota y hace notar que Arato únicamente está versificando un libro de Eudoxo: en los *Fenómenos* de Arato hay expresiones que, literalmente, están tomadas de dicho libro, y para mayor desgracia, como hace notar el profesor Erren,¹⁴ de lugares en que este libro está equivo-

cado y es impreciso. Hiparco no hace más precisiones, pero su renombre dio fama a su crítica, y una posible exégesis de las palabras de Cicerón podría ser ésta: Cicerón, un poco como yo, traductor de Arato y un tanto ignorante en astronomía, está sintetizando la crítica del gran Hiparco. ¿Qué decir? Desde luego, cabría decir que Hiparco escribió unos ciento cincuenta años después de Arato, y que en un lapso así, cualquier ciencia progresa un poco. Pero ése no es el caso.

A reserva de lo mucho que puede discutirse al respecto, resulta más creíble la sospecha de que el gran Hiparco no tuvo mayor idea de las intenciones y métodos con que Arato escribió sus versos. Recordemos un poco. En los tiempos en que Arato escribió su poema, los académicos, los



Estrella Carmona

¹² Cfr. Ovidio, *Amores*, I, 15, v. 16: *cum sole et luna semper Aratus erit*.

¹³ Cfr. Vita I, en Jean Martin (ed.), *Scholia in Aratum uetera*, pp. 8 y 9.

¹⁴ Cfr. Aratos, *Phainomena*..., p. 115.

investigadores de ciencias y humanidades, se distinguían un poco de los nuestros: los investigadores de ciencias sabían de humanidades, y los de humanidades sabían de ciencias. No pensemos en todos; simplemente hablemos de la gran mayoría, y digamos que la gran mayoría había leído y conocía muy bien la obra astronómica de Eudoxo; no es creíble que Arato hubiera querido ocultar sus fuentes bibliográficas, y hacerles pasar a sus colegas investigadores, como suyo y muy nuevo, un contenido que debía ser del conocimiento de todos. Y es más sorprendente que Hiparco diga que nadie, antes de él, había notado todo lo que Arato le debe a Eudoxo. ¿Por qué es sorprendente? Porque supone creer algo que nadie admitiría, que los griegos de la época helenística eran unos ingenuos.¹⁵ De manera que, o bien Arato no le debe nada a Eudoxo o, si le debe todo y guardó silencio, sólo quiere decir que no había necesidad de decirlo, merced a que entonces todos lo sabían; y sus contemporáneos sabían algo más, a saber, que las intenciones de Arato no eran astronómicas.¹⁶

Dado, pues, el silencio que sobre el tema guardan los contemporáneos de Arato, cabe pensar que nuestro poeta, y así lo entendieron sus colegas, nunca quiso escribir un libro de astronomía. Consecuentemente, si su tema no era la astronomía, Eudoxo no era la fuente de Arato y, entonces —ni modo—, lo que Hiparco encontró en su biblioteca no era un libro de Eudoxo, ni era un tratado de simple astronomía; sólo pudo ser el texto de un listo que, para darle autoridad a su manual, lo publicó bajo el nombre de Eudoxo. No es posible, en lo absoluto, que al gran astrónomo Eudoxo se le escaparan errores como esos que nos señala Hiparco: unos errores que un simple, pero buen estudiante de astronomía jamás habría cometido.¹⁷ El supuesto Eudoxo, el autor de otros *Fenómenos*, no habría querido una obra de astronomía, sino un libro destinado a los navegantes, y lo que es inexacto para un astrónomo, no tiene que ser falso para un navegante.

Concluyendo estas objeciones, parece bien asentar que, desde antes de Hiparco y más a raíz de sus críticas, los *Fenó-*

menos se convierten en lo que probablemente nunca quiso el autor: en un texto de astronomía; y otra cosa: a pesar de aquellas objeciones, esta obra fue objeto de una recepción excepcional, se convirtió en el libro de texto que dio cuño a la formación escolar, desde su aparición hasta la Edad Media. Las objeciones modernas son fáciles de entender; al respecto, el profesor Erren hizo una formulación que, desde mi punto de vista, describe bien lo que nos pasa: “no hay nada más irritante que el oír cantar acerca de cosas grandes y hermosas desde un punto de vista desde el cual no las reconocemos”.¹⁸ Veamos, pues, más de cerca el poema de Arato. ¿Qué, cómo canta, en qué contexto, desde qué punto de vista?

Nadie lo ha negado: Arato habla estelarmente.¹⁹ ¿En qué contexto? Ya lo vimos: es muy creíble que Antígono II Gonatas, bien dispuesto hacia los intereses de la navegación,²⁰ le haya encomendado un texto, un poema didáctico sobre ese tema. Para esta tarea, Arato tuvo en sus manos aquel supuesto tratado de Eudoxo; tenía enfrente, seguro, una esfera celeste, un globo, y, como nadie ha acusado de negligencia a un buen escritor de la época helenística, también puede afirmarse que disponía de otros libros de consulta: así se explicarían algunas de las correcciones que le hace a su fuente principal.²¹ Contamos con los 1154 versos de que se compone su poema, y nadie ha dudado de que allí se habla de unos fenómenos, es decir, no de seres o criaturas deformes, sino de unas cosas visibles; de los signos del tiempo y de las 48 constelaciones que adornan el cielo constante y continuamente durante el año, a lo largo del gran surco que traza el sol por la eclíptica, cabalgando por los 12 signos del Zodíaco, y motivando la sinfonía de las esferas en que danzan a su alrededor y desconcertantemente

¹⁸ *Ibid.*, p. 117.

¹⁹ Cfr. supra, nota 1. Merced a la belleza de sus versos, muchos piensan que Arato, más que cualquier otro objetivo, tenía en mente la confección de una delicadeza poética; cfr. Georg Kaibel, en *Hermes*, 1894, pp. 82 y ss.

²⁰ Cfr. Manfred Erren, “Las constelaciones en la antigüedad”, ... p. 109.

²¹ Piénsese en la estrella polar (α Vrsae Minoris): Según Hiparco, Eudoxo dice, literalmente: “existe una estrella que se encuentra justo en ese lugar; dicha estrella es el polo [norte] del cosmos”; cfr. *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, ed. François Lasserre, Walter de Gruyter, Berlín, 1966 (Frag. 11, p. 42). Sobre el caso, Kidd comenta: “Eudoxus may have been perpetuating a very old tradition dating back to c. 2750 BC, when the bright star α Draconis was close to that position. The pole moves slowly in a cycle of c. 26000 years, and in classical antiquity there was no star at the north pole”; cfr. Aratus, *Phaenomena* (editado con introducción, traducción y comentarios por Douglas Kidd), Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 179 y 180. Hiparco, ni tardo ni perezoso, corrige a Eudoxo, pero no tiene nada que decir contra Arato que, al hablar del polo, no menciona ninguna estrella polar.

¹⁵ Al respecto, comentando el contenido del poema de Arato, Manfred Erren dice: “es war ein Handbuch für Praktiker; für Theoretiker wie Pädagogen im Gymnasium oder Mathematiker und Astronomen war es primitiv, die sahen und zeigten all diese Dinge am Globus und hatten deshalb für so ein Buch gar keine Verwendung”, en Aratos, *Phaenomena*..., p. 128.

¹⁶ Richard Hunter, “Written in the Stars: Poetry and Philosophy in the *Phaenomena* of Aratus”, *Arachnion*, 2 (1997), Microsoft Internet Explorer (<http://www.cisi.unito.it/arachne/num2/hunter.html>), pp. 1-30.

¹⁷ Cfr. Manfred Erren, en Aratos *Phaenomena*..., p. 126 y 131 ss.

las estrellas errantes, los cinco planetas,²² sin incluir la tierra que, por supuesto, era el centro del cosmos.

Un poco más detalladamente: Arato comienza con un proemio; según éste, la obra está dirigida a campesinos y marineros. Volveremos sobre él. Tras el proemio, Arato presenta un panorama del universo, y en seguida hace un catálogo de las constelaciones del hemisferio norte: desde el Polo hasta la Eclíptica, donde se encuentran los doce signos del Zodíaco. Valga aclarar que, según las fuentes de Arato, las constelaciones del universo —o de la esfera, como normalmente se llamaba al universo—²³ se agrupaban más o menos como las pensamos ahora, es decir, en las del hemisferio norte y en las del hemisferio sur; sin embargo, el punto de referencia no era el Ecuador celeste, sino la Eclíptica del sol, que cada año nos lleva de sur a norte, y de norte a sur, sin que a todos nos quede muy claro por qué en invierno, cuando estamos más cerca de él, es cuando el frío hace más estragos entre los mortales. Tras enumerar, pues, las constelaciones del hemisferio norte, Arato cataloga las del hemisferio sur; es decir, las que se encuentran entre la Eclíptica y, bajando, el Polo sur. Arato termina este catálogo refiriéndose, como sin querer, a las cinco estrellas errantes: “ni siquiera mirando tú hacia las otras indiciarías / dónde se encuentran ellas, puesto que todas vagan errantes. / Y luego son los años de sus extrañas revoluciones...”²⁴ Mejor pasamos a los círculos de la esfera celeste.

Ilustrándonos con la Vía Láctea, Arato habla del Trópico de Cáncer, del Ecuador, del Trópico de Capricornio y, circunscrita y sesgada entre los trópicos, de la Eclíptica. En esta sección, Arato también nos dice qué constelaciones se encuentran a la altura de cada uno de los círculos, y, por supuesto, termina diciendo que alrededor de la Eclíptica se encuentran los doce signos del Zodíaco. Continúa con sus palabras: “no sería desdeñable para el que aguarda la madrugada / observar cuándo surge cada una de esas doce figuras, / porque siempre tan sólo con una de ellas álzase el sol”.²⁵ Y signo tras signo o, si se quiere, mes por mes, Arato

dice, por ejemplo: “cuando surge el Cangrejo, no las más tenues / estrellas circunyacen girando en lo alto por ambos lados, / ocultándose algunas y otras del otro lado saliendo”.²⁶ ¿Para qué o por qué esta colación de todas estas series de constelaciones que salen o se ponen con cada signo del Zodíaco? Porque es posible que alguna nube o algún monte se interponga entre el signo y tus ojos; dado el caso, vuelve la vista hacia otro lado; mira qué estrellas están en los horizontes, y sabrás qué signo del Zodíaco hace su curso, y nunca te sentirás perdido, desorientado en el mar... que puede ser la vida.

No me detengo en la descripción de la segunda parte del poema; baste, por un lado, recordar que durante muchos siglos se conoció bajo el título de *Signos del tiempo* y, por el otro, decir que, justamente, se trata de eso. Son, como también se ve en algunos títulos, “pronósticos”: de la lluvia, del viento, de las tormentas; a unos los da la luna, a otros el sol y a otros el Pesebre (el cúmulo abierto que se encuentra al centro de cáncer y hoy se conoce con el poético nombre de M 44). Arato baja a la tierra: los animales también dan signos: las aves, las ovejas, los bueyes, los lobos, los perros, los cangrejos, los ratones; también da signos la lumbre, las cenizas del fogón, la llama de una lámpara. Nada de todo esto, ni los signos ni las constelaciones, era una novedad en la astronomía y en la meteorología de aquellos tiempos; podría decirse que sólo se trataba de conocimientos ordinarios —sí, en general, conocían el cielo mucho mejor que nosotros: era algo tan corriente, como, para la gente de nuestros días, un calendario en el lugar más estratégico de nuestra casa—; lo sorprendente es que de las cosas más viejas y cotidianas surgió un poema nuevo y verdaderamente excepcional. Veamos cómo ve Arato las estrellas; hay que miralas desde su punto de vista: este poema didáctico vuelve a colocar la visión estética de las constelaciones como objeto de contemplación cosmológica, y le devuelve esa frescura que tuvo en los hombres piadosos de los tiempos más remotos.²⁷

Arato inicia sus *Fenómenos* con un proemio que normalmente se conoce como un *Himno a Zeus*. ¿Quién es Zeus? Todos lo conocen. Perderíamos el tiempo contando las hazañas de este señor, poderoso olímpico hijo de Cronos.²⁸ Pero digamos que, para bien y para mal, todo cambia, y que

²² Es decir, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; cfr. Gémino, *Introducción a los Fenómenos*, I, 24-29, en Arato, *Fenómenos*, (introducciones, traducciones y notas de Esteban Calderón Dorda), Gredos, Madrid, 1993.

²³ Cfr. Archimedes, ed. Heiberg, vol. II, p. 218, en Thomas Heath, *Aristarchus of Samos. The ancient Copernicus*, ... p. 302.

²⁴ Cfr. Arato, *Fenómenos*, vv. 456-458.

²⁵ *Ibid.*, vv. 559-562. Así, “el calendario juliano, después de doscientos años de clase de astronomía con Arato, ya no fue ninguna chispa de genialidad, sino casi una consecuencia obligatoria”; cfr. Manfred Erren, “Las constelaciones en la antigüedad”, ... p. 114.

²⁶ Cfr. Arato, *Fenómenos*, vv. 569-571.

²⁷ Cfr. Manfred Erren, en Aratos *Phainomena*..., p. 121. Por lo demás, me viene a la memoria el principio del Salmo 18 (19): “Los cielos cuentan la gloria de Dios / la obra de sus manos anuncia el firmamento...”.

²⁸ Cfr. Calímaco, *Himno a Zeus*, vv. 91 y ss.

Zeus no fue la excepción. Zeus también cambió de significado, cambió su imagen con el paso de los siglos. Del terriblemente cruel y peligrosamente mujeriego que nos presenta Homero en sus poemas, pasó a ser el implacablemente justo de que nos habla Hesíodo, hasta llegar a ser el Zeus de los filósofos y de los sabios, el dios de los estoicos. Este Zeus de Arato es un dios tan afable, hermoso y providente como sólo puede uno pensar al Dios único de que habla la Biblia, y tan es así, que a san Pablo, sí, a Pablo de Tarso (quizá paisano de Arato), cuando se dirigía a los sabios de Atenas en el Areópago, se le salió de la sangre un verso de Arato. Arato hablaba de Zeus; Pablo intentaba hablar de su Dios y, entre otros conceptos muy estoicos, asienta: "... en él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de vuestros poetas: *porque también somos hijos suyos*".²⁹

El final del proemio es significativo para entender el cielo desde el punto de vista de Arato; tras saludar a Zeus y a sus ancestros y a todas las musas, les suplica que le enseñen el modo de cantar las estrellas *como deben ser cantadas*.³⁰ ¿Cómo? Como lo hará en seguida: en verso —para que su tema tenga una forma adecuada, digna de la majestad divina—³¹ y desde el punto de vista de la estética de los estoicos. Según los estoicos, la naturaleza, como verdadera artista, crea la belleza desde sus propias entrañas; la belleza es el resultado del ritmo de los movimientos; nada hay más

hermoso que el todo: llámese alma del mundo, λόγος, Dios o como se quiera: todos estos nombres indican un principio³² que para nuestro Arato es el cielo, y el cielo de Arato suele ser sinónimo de Zeus. "La naturaleza", dirá posteriormente Cicerón pensando en los estoicos, una vez que sacó de la tierra a los seres humanos, los constituyó excelsos y erectos a fin de que, viendo el cielo, pudiesen entender el conocimiento de los dioses... Pues los hombres no están en la tierra como sus habitantes y moradores, sino como espectadores de las cosas superiores y celestiales, cuya contemplación no le corresponde a ninguna otra especie de seres vivientes.³³

Por eso, pienso, a lo largo y ancho de todos los *Fenómenos*, los catálogos de las constelaciones se introducen mediante expresiones como "mira, pon atención, ve, observa, examina, es visible, presta atención, busca, notarás, hallarás aquel astro, registra, voltea la vista, advierte, nota, ¿acaso no ves?, y concluye la sección del Polo sur diciendo: "puedes mirar cómo estas constelaciones año tras año / ordenadas retornan; éstas, y todas muy igualmente, / al cielo están bien fijadas, cual joyas de esta noche que marcha".³⁴ Los *Fenómenos* no son una simple lista de constelaciones; aquí y allá, Arato disemina observaciones mitológicas y prácticas mediante las cuales invita a ver el cielo como él lo interpreta. Su Zeus es cósmico, ordenado y bello; sus estrellas "muchas y estando por todas partes, son igualmente / por el cielo arrastradas todos los días, siempre, continuas",³⁵ y tienen la orden de comunicar algo a los seres humanos; por ejemplo, las Pléyades "son igualmente chicas y tenues, pero, famosas, / por el oriente giran, y al occidente, gracias a Zeus / quien a ellas, el inicio de los veranos y los inviernos / les permitió anunciar, y la llegada de hacer las siembras".³⁶

Por lo mismo, a lo largo del poema, Arato no usa menos de cincuenta veces las palabras *σημα* y *σημαίνω*, como si quisiera insistir en que los fenómenos son signos y, como tales, dan señales. Las estrellas, las constelaciones, son signos de Zeus, y éste hace señales; cuando el

²⁹ Cfr. *Hechos de los Apóstoles*, 17, 28: ἐν αὐτῷ γὰρ ζῶμεν καὶ κινούμεθα καὶ ἐσμέν, ὡς καὶ τινες τῶν καθ' ὑμᾶς ποιητῶν εἰρήκασι· τοῦ γὰρ καὶ γένος ἐσμέν. Pablo cita literalmente el verso 5 de los *Fenómenos* de Arato (por cosas de la providencia o del destino (estoico), casi veinte siglos después, el 4 de octubre de 1965, otro Pablo, Pablo VI, terminó su discurso ante la ONU refiriéndose al Dios desconocido con que san Pablo comenzó su discurso ante el Areópago de Atenas); la misma idea de Arato, con formulación más amplia, se encuentra en los versos 5-6 del *Himno a Zeus* de Cleantes, discípulo de Zenón: ἐκ σοῦ γὰρ γενόμεσθα, θεοῦ μίμημα λαχόντες / μούνοι, ὅσα ζῶει..., "pues de ti nacimos, ya que nos tocó en suerte ser imagen de dios, como únicos de cuantos viven..." En otro contexto, la presentación de Zeus como padre de los dioses y de los hombres ya puede leerse en Hesíodo (p. ej., en *Teogonía*, 47) y en Homero (p. ej., en la *Ilíada*, I, 544); Zeus engendra a los humanos, pero sólo para, inmediatamente, abandonarlos a su propia desgracia (Homero, *Odisea*, xx, 201-202); cfr. Aratos, *Phénomènes* ..., vol. II, pp. 144-146.

³⁰ Cfr. vv. 17-18: ἐμοὶ γὰρ μὲν ἀστέρων εἰπεῖν / ἥθεμις εὐχομένῳ τεκμήριον πᾶσαν αἰοδῆν, "a mí, que las estrellas / contar como se debe suplico, el canto todo enseñadme".

³¹ Cfr. Cleantes, *Himno a Zeus*, en *Collectanea Alexandrina. Reliquiae minores poetarum Graecorum aetatis Ptolemaicae* 323-146 a. C. [...] ed. de I. U. Powell, University Press, Oxford, 1925 (reed. 1970). Sobre el tema, "er [Kleanthes] sah in ihr [in der Form der Kulddichtung] das adäquate Medium für seinen Versuch, die eigenen religiösen Vorstellungen und Bedürfnisse mit dem theoretischen Gottesbegriff der Schule zur Deckung zu bringen", cfr. Bernd Effe, *Die griechische Literatur in Text und Darstellung*, vol. 4, *Hellenismus*, Reclam, Stuttgart, 1985, p. 157.

³² Para la estética de los estoicos, cfr. Edgar de Bruyne, *Historia de la Estética* (trad. de Armando Suárez), BAC, Madrid, 1963, pp. 185 y ss.

³³ Cfr. Cicerón, *De finibus*, II, 14: quae primum eos humo excitatos, celos et erectos constituit, ut deorum cognitionem, caelum intuentes capere possint... Sunt enim in terra homines non ut incolae atque habitatores sed quasi spectatores superarum rerum ac caelestium... quarum *spectaculum* ad nullum aliud genus animantium pertinet.

³⁴ Cfr. Arato, *Fenómenos*, vv. 451-453.

³⁵ *Ibid.*, vv. 19-20.

³⁶ *Ibid.*, vv. 264 y 267.

poeta parece cansarse de repetir $\sigma\eta\mu\alpha$ y $\sigma\eta\mu\alpha\acute{\iota}\nu\omega$ para decirnos que las estrellas dan signos, recurre al verbo $\lambda\acute{\epsilon}\gamma\omega$ y vuelve a lo suyo, "pues, por doquier, los dioses dicen al hombre muchas señales".³⁷ De norte a sur, de oriente a poniente, del cielo a la tierra: "cuando la telaraña sutil se mueva sin que haya viento, / cuando de la linterna tiemblen las flamas ennegreciendo, / o, con tiempo sereno, difícil ardan fuego y linternas, / no confíes en tormentas. ¿Cómo contarte tantas señales / que se dan a los hombres? Incluso en una tenue ceniza".³⁸

En el cielo (ordenado y constante) se encierra la naturaleza divina, y sus constelaciones dan señales seguras... del espíritu del mundo: se puede confiar en Zeus. ¿Por qué? Porque él es afable con los humanos; porque es, para los hombres, magno recurso; porque deplora al hombre preso en las olas; porque beneficia patentemente al género humano.

³⁷ *Ibid.*, v. 732.

³⁸ *Ibid.*, vv. 1033-1037.

Mejor, y casi para terminar, oigamos cómo lo dice Arato al iniciar los *Fenómenos*:

Desde Zeus comencemos, a quien los hombres nunca dejamos sin ser nombrado. Están llenas de Zeus todas las calles, también todas las plazas de los humanos; lleno está el mar y los puertos; doquiera necesitamos todos de Zeus.

Porque de él también somos hijos; y afable con los humanos da señales propicias, despierta al pueblo para el trabajo recordando el sustento; le dice cuándo es óptimo el campo para el buey y la azada; le dice cuándo, propio es el tiempo de transponer las plantas y de esparcir toda semilla.

En efecto, Zeus mismo fijó en el cielo dichas señales, al haber distinguido constelaciones; vio las estrellas que durante cada año muy definidos signos harían de los tiempos al hombre, para que todo firme creciera.³⁹

Zeus, el dios de los estoicos, es νόμος (ley universal), es εἰμαρμένη (nuestro destino inevitable), es λόγος (razón que penetra todo el universo) y es πρόνοια (providencia).⁴⁰

¿De veras creerían esto los estoicos? ¿Lo creerían Arato, Cleantes y compañía? En su *Himno a Zeus*, el fervor religioso de Cleantes muestra cierta contradicción con la doctrina de la escuela estoica según la cual el ser humano —sin la ayuda de los dioses— puede lograr por sí mismo, mediante sus propias fuerzas, el o los objetivos de su existencia... De alguna manera, me gusta sorprender a este discípulo del gran Zenón, a Cleantes, al director de la escuela durante treinta años, capitulando de su doctrina y suplicando a Zeus con unos versos que —ante las recientes hazañas de la OTAN, dado lo que últimamente acontece en nuestra patria y sintiendo en carne propia los misteriosos tejes y manejes en la UNAM— cito, haciendo una paráfrasis, para terminar estas líneas: "Zeus..., sálvanos de la funesta necedad [de los políticos], / disípala, Padre, de la mente [de los burócratas], / y danos alcanzar un poco de inteligencia".⁴¹ ♦

³⁹ Cfr. Arato, *ibid.*, vv. 1-13.

⁴⁰ Cfr. Bernd Effe, *Die griechische Literatur...*, p. 157. Para mayor información, cfr. M. Pohlenz, *Die Stoa. Geschichte einer geistigen Bewegung*, Göttingen, 5a. ed., 1978-1980 (2 vols.).

⁴¹ Cfr. Cleantes, *Himno a Zeus*, vv. 32-35: ἀλλὰ Ζεῦ πάνδωρε κελαινεφὲς ἀργικέραυνε, / ἀνθρώπους ῥύου <μὲν> ἀπειροσύνης ἀπὸ λυγρῆς / ἦν σύ, πάτερ, σκέδασον ψυχῆς ἄπο, δὸς δὲ κυρήσαι / γνώμης, ...



Estrella Carmona